

encargo miréis mucho por su recogimiento, enderezando que sea templado y moderado y no tan libre como hasta aquí, que me dicen que ha sido demasiado, pues veis lo que en ello va, especialmente teniendo los años que tiene.....»<sup>1</sup>.

De todo lo que se va viendo, hay motivos muy bien fundados para declarar que el Príncipe D. Carlos nunca estuvo dejado de la mano ni del celo de D. Felipe, sino que desde sus más tiernos años le puso el amor de padre y la cristiandad de Rey entre los brazos y virtudes de señoras tales, como Doña Leonor Mascareñas y la Princesa Doña Juana, su tía. Honorato Juan, D. Antonio Rojas y demás individuos arriba señalados, fueron después, como se ha visto, sus ayos y maestros. El celo y el ejemplo de todas estas personas tan insignes produjo al principio buenos frutos; pero más tarde se dañaron, y al fin, corrompidos de todo punto, se redujeron á la nada. Y esto no por falta de cuidado paterno, ni de la diligencia suma de los maestros, sino por la desdicha é inclinación depravada del Príncipe.

## II.

### EXTRAVAGANCIAS AVIESAS DEL PRÍNCIPE D. CARLOS.

No hay quien no sepa de memoria, por leerse en muchas partes, cómo en el mes de Mayo de 1562 cayó el Príncipe Don Carlos de una escalera en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, y dió golpe tan grande de cabeza en el suelo, que todos le creyeron muerto. Alarmóse sobremanera el Rey, quien desde Madrid corrió á su lado buscando remedio en Dios y en la ciencia médica para su hijo. Los medios humanos, por grandes y escogidos que se procuraron, aparecieron ineficaces por la fuerza y agudeza de la enfermedad. Y cuando los recursos de la ciencia se agotaban y no se veía esperanza de poder

<sup>1</sup> Tomo XXVI, pág. 478 de la citada *Colección de Documentos para la Historia de España*.

salvar la vida del Príncipe, la fe grande del Rey Prudente acudió á buscar remedios en el Cielo. Escribió á los Prelados todos de sus reinos para que hiciesen y mandasen oraciones públicas por el Príncipe. Encargó además á la comunidad de frailes franciscos del convento de Jesús y María que trajesen en procesión á la presencia del moribundo el cuerpo santo de Fr. Diego de Alcalá. Hízose todo así; y puestas las reliquias del humilde lego franciscano sobre el cuerpo casi exánime del Príncipe, se verificó el milagro de que en breve recobrase la salud<sup>1</sup>.

Los historiadores casi todos, antiguos y modernos, opinan que sin duda alguna el cerebro de D. Carlos sufrió grave lesión en aquella caída, que le entorpeció la mente para lo sucesivo. De donde, con gran probabilidad, nacieron tales y tantos actos extraños, ruines y por demás ajenos de quien goza de sus facultades y sentido. Tal creyeron los contemporáneos de D. Carlos, ponderando muchas de sus acciones, en que no se veía sino capricho y voluntad sin freno de razón. En vista de lo cual, los embajadores venecianos arriba citados y los historiadores del siglo de oro suelen ofrecer al Príncipe con carácter diametralmente opuesto al seso y á la majestad de su padre. Paolo Tiépolo afirma que, sin duda, D. Carlos había padecido en sus enfermedades enajenación mental; y añade que no era inclinado al estudio, ni á las armas, ni á montar á caballo, ni á cosas honestas, sino solamente á hacer daño á los demás. Ya se dijo en otra parte que todo esto niega otro

<sup>1</sup> «A nueve de Mayo de este año mil i quinientos i sesenta i dos, baxando con poco tiento una escalera, voló muchos pasos, i dando con la espínula i cerebro en algunos quedó mortalmente herido. Vino el Rey desde Madrid á su curacion, i escribió á los cabildos y preladados hiziesen plegarias para que Dios le guardase. En el último trance hizo traer á los frailes de San Francisco del monasterio de Iesus María, seminario de santos, en procesion el cuerpo del bendito Fr. Diego; i puesto sobre el Príncipe casi difunto, le volvieron á su capilla. Aparecióle en la siguiente noche, segun dixo su alteza, con una cruz de caña en la mano, i le dijo, no moriria de la herida; i assí brevemente salió de peligro.» Luis Cabrera de Córdoba, *D. Felipe II, Rey de España*, libro 6.º, capítulo V, págs. 296 y 297; Madrid, 1619.



de los dichos embajadores venecianos; pero M. de Fourquevaux lo asegura todo oficialmente á su Soberano en 1568, como se puede ver en los apéndices que Du-Prat puso á su *Vida de Isabel de Valois*. Entre otras de las locuras que de D. Carlos dejó Tiépolo apuntadas, se lee lo siguiente: «Cuando se acercan á él personas que cree de poca consideración, manda darles de palos. Poco tiempo hace que tuvo grande empeño en que mutilaran á uno. No se sabe que aprecie á nadie, pero sí que aborrece á muchas personas. Habla despacio y con dificultad. Y aunque tiene ya la edad de diez y siete años, muestra poseer muy cortos conocimientos. Plácele mucho recibir regalos, pero él no los hace á nadie»<sup>1</sup>.

Son tales y tantas las extravagancias y locuras que se refieren del Príncipe antes que su Rey y padre se viese en la necesidad de encerrarle, que no se sabe por cuál de ellas empezar. D. Felipe II le reprendía con cariño y oportunamente, pero sin lograr nunca enmienda alguna»<sup>2</sup>. Propenso D. Carlos á vida desordenada, salía de noche por las calles de la capital en actitud y maneras impropias y hasta indecentes. Todos recuerdan cómo en cierta ocasión sucedió caerle desde una ventana un poco de agua sobre la cabeza, lo cual le encolerizó tanto, que mandó á la guardia para que en el acto prendiese

<sup>1</sup> Alberi, *Relazioni*..... serie 1.<sup>a</sup>, tomo V, pág. 72. En esto de los regalos, el Embajador veneciano pinta al Príncipe como bien le parece. Porque Antonio, también apellidado Tiépolo, asegura que D. Carlos: «Cavalca ed esercita l'armeggiare ogni giorno molte ore.» Y este mismo Embajador escribió á Venecia que D. Carlos: «Dona volentieri molto grossamente ed é splendidissimo quando vuole beneficiare alcuno, il che fa assai spesso.» Alberi..... serie 1.<sup>a</sup>, tomo V, pág. 148. Además, se sabe bien hoy en día, como queda apuntado, que entre los objetos hallados á la muerte de Isabel de Valois se encontraron varios muy preciosos que habían sido regalados á la regia señora por el Príncipe su sobrino. En el capítulo siguiente se habla por extenso de estas contradicciones.

<sup>2</sup> «No podia el Rey templar la inclinacion de D. Carlos venciendo siempre á la disciplina la naturaleza entregada á libertad y desórdenes.» Cabrera, *D. Felipe II, Rey de España*, libro 7.<sup>o</sup>, cap. XXII, pág. 469: Madrid, 1619. Véase también á Estrada, *Décadas de la guerra de Flandes*; y hasta la Historia misma de la Inquisición del revolucionario Llorente, tomo III, pág. 132 anteriores y siguientes.

fuego á la casa. Por darle satisfacción fué menester asegurar que el Santísimo Viático entraba entonces en tal morada, y que por respeto á la Majestad Divina no se habían atrevido los soldados á quemarla<sup>1</sup>. Por aquellos años de 1564 pasaba por Madrid, procedente de Portugal, el historiador Brantome, escritor más fecundo que veraz. Asegura este autor que, deteniéndose en Madrid, le contaron que un zapatero le hizo al Príncipe bastante mal, y con defectos, unas botas; y como después de estrenadas le apretasen los piés, mandó reducirlas en pedazos y cocerlas como si fueran intestinos de buey; y en seguida obligó al zapatero á comerlas por fuerza<sup>2</sup>.

Otro hecho brutal del Príncipe refiere igualmente Cabrera en los términos siguientes: «Avia mandado á D. Pedro Manuel que hiziese el menestral las votas para el Príncipe justas como él las traia, porque al contrario las queria D. Carlos; al calzarlas con dificultad, diciendo que su padre mandó fuesen tan estrechas (estando en Alcalá), dió un bofetón á D. Pedro Manuel, i guisadas i picadas en menudas piezas hizo comer las votas al menestral. Su padre llevó á su cámara al caballero con onrosa satisfaccion y sosegó la familia»<sup>3</sup>. Y aunque algún crítico, quizá demasiado escrupuloso, no quiera dar asenso á la relación del menestral, no hay quien no admita aquella otra de cómo estando en Azeca el desdichado Príncipe cometiendo hartos desmanes, fué reprendido cariñosamente por su ayo el

<sup>1</sup> «Salía el Príncipe de noche por la corte con indecencia y facilidad, y porque le cayó de una ventana un poco de agua, envió la guarda para quemarla y matar los moradores; y volvieron diciendo entraba (para satisfacelle) el Santísimo Sacramento del Viático en ella, y respetaron por esto sus paredes.» Cabrera, capítulo y libro dichos, página 470.

<sup>2</sup> Véanse las palabras textuales de Brantome en Gachard, *D. Carlos y Felipe II*, cap. VII, pág. 150: París, 1867.

<sup>3</sup> Cabrera, en el libro y capítulo citados, pág. 470. En la colección de poesías que Espinel imprimió en Madrid en 1591 con nombre de *Diversas rimas*, se lee, pág. 110, lo que sigue: Hizo, pues, bien el otro cocinero—Que movido á comer por ser mandado—Contra su voluntad á un zapatero.—Y para regalar al convidado—Y mostrar variedad en la comida—Le hizo de unas botas un guisado—La mejor cosa que comió en su vida.»



caballero D. García de Toledo. Pero D. Carlos le quiso osadamente levantar la mano, cosa á que se resistió con nobleza D. García. Vióse, sin embargo, precisado á huir y participar al Rey tanto atrevimiento, de que S. M. quedó sumamente disgustado <sup>1</sup>. Por todo lo que se va viendo podrá el lector juzgar si D. Felipe II debió consentir que su hijo el Príncipe continuase ofendiendo á Dios, á los hombres y á la honra de su casa y dinastía. Y no obstante, dando por sí mismo, ó por medio de otras personas, graves reprensiones á D. Carlos, le fué tolerando aún por algún tiempo, esperando la enmienda, aunque en vano.

Porque el Príncipe seguía cometiendo locuras y desmanes cada vez mayores. El mismo Cabrera, bien enterado de lo que ocurría entonces por los alcázares de Madrid, refiere aún otros muchos casos, y entre ellos el acaecido con el Cardenal Espinosa. «Abia mandado (el Príncipe) que le representase una comedia Cisneros, excelente representante, y por orden del Cardenal Espinosa, impedido y desterrado, no osó venir á palacio. Indinóse contra el Cardenal á quien sumamente aborrecía por su imperioso gobierno y gracia que tenía con el Rey, y viniendo á palacio le asió del roquete, poniendo mano á un puñal, y le dixo: *Curilla, ¿vos os atreveis a mí no dexando venir á servirme Cisneros? Por vida de mi padre que os tengo de matar.* Del Cardenal arrodillado y humilde fué detenido y satisfecho» <sup>2</sup>.

Pero las acciones malévolas y extravagantes de D. Carlos fueron mucho más allá de lo enarrado. Si se creyese á Brantome, sería menester decir que al ver el Príncipe en la calle cualquiera señora, aunque fuese de muy alta alcurnia, la insultaba dirigiéndola palabras necias y hasta salvajes, como perra y otros calificativos que no se pueden ni áun siquiera nombrar <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> «Estando en el bosque de Aceca, frenando su eceso D. García de Toledo su ayo, le quiso poner las manos el Príncipe, y huyó hasta Madrid donde el Rey le hizo merced, y quedó mal indinado contra su hijo.» Cabrera, lugar citado.

<sup>2</sup> Cabrera en el lugar citado.

<sup>3</sup> Brantome, *Obras completas*, tomo I, págs. 126 y 127, edición de 1838.

Y este aborrecimiento que el desdichado Príncipe tenía á las mujeres lo extendía á su padre, de quien se complacía mucho en hablar mal delante de todos. Le escarneció no poco en aquel libro en blanco de que habla el mismo Brantome, intitulado: *Los grandes viajes de D. Felipe*. Estos viajes, como ya en otra parte se ha indicado, eran los que por burla decía el Príncipe haber hecho su padre *de Madrid al Pardo, del Pardo al Escorial, á Aranjuez y á Toledo* <sup>1</sup>.

Tampoco hay duda de que D. Carlos detestaba á los de su servidumbre por el solo delito de haber sido nombrados por el Rey. El embajador de Florencia, Leonardo de Nobili, escribía en 1567 al duque Cosme de Médicis que entre S. M. y el Príncipe reinaba muy poca armonía, y que no pudiendo Su Alteza mostrarlo de otra manera, odiaba á todos sus criados, no solamente de palabra, sino en obras, amenazándoles y abofeteándoles <sup>2</sup>. Por otros documentos de aquel siglo, publicados en nuestros días, se viene en conocimiento de que la corte de España y los embajadores que había en ella no ignoraban las locuras de D. Carlos ni los rencores que abrigaba en el pecho contra su padre. Pues ya se sabe, como es claro, que cada cual á su modo comunicaba las malas acciones del Príncipe á su respectivo Soberano. Lo cual evidencian más y más las cartas copiadas por Kircher en su *Prototipo del Príncipe cristiano*, donde también se lee cuanto arriba queda dicho.

Se ha repetido sin fundamento que los desmanes cometidos por el Príncipe D. Carlos procedieron de no haberle complacido el Rey, su padre, dándole parte en el gobierno de la nación. Mas hoy ya se puede asegurar que Felipe II, aconsejado de algunos, y por ver si su hijo se enmendaba, le confió nada menos que la presidencia de los Consejos de Estado y Guerra; le dió poder para el gobierno de ciertos negocios públicos y ele-

<sup>1</sup> Brantome, *Obras completas*, tomo I, pág. 331: París, 1822.

<sup>2</sup> «Intra S. M. e il Príncipe e una malíssima satisfacione, talmente che non potendo S. A. dimostrarsi con altro, odia tutti li servitori che li a dato suo padre, e in ogni poca d' occasione loro e pugni e minaccia di pugnalarli.» Carta de Nobili al duque Cosme de Médicis de 24 de Julio de 1567.



vó á cien mil ducados su dotación, que ántes sólo era de sesenta mil <sup>1</sup>. Cavalli, que escribió entónces estas noticias, añadió también que la prueba de Su Majestad con D. Carlos no dió los resultados que deseaba. Dice terminantemente que al entrar en Consejo y dar cuenta de los asuntos á su padre, mostraba el Príncipe confusión en todo, presentando además dificultades en cualquiera deliberación. Añade más aquel embajador, esto es, que abusaba de la autoridad recibida de su padre, hasta tornándola en perjuicio propio; que malgastaba el dinero, y que en vista de todo le retiró Su Majestad los poderes. De lo cual nacieron nuevamente enconos y mucho descontento del hijo contra el padre <sup>2</sup>.

## III.

## EL MISMO PUNTO.

Corría el año 1567 cuando Felipe II desde Madrid se fué á pasar las fiestas de Navidad á San Lorenzo del Escorial. Y aprovechando D. Carlos la ocasión de aquella ausencia de su padre, mandó abrir el salón del palacio en que se hallaban las Cortes reunidas. Se cercioró primero de que se encontraban allí todos los Procuradores; y en seguida, poniéndose al frente

<sup>1</sup> «...Con tutto ciò (Sua Cattolica Maesta) andava tollerando le sue paccie, vedendo ser per giornata si andasse a componerlo, e ha fatto diverse prove per veder se le cosse stravacanti che faceva procedevano di furor giovenil ne da appetito di dominar, o per mancamento de giudicio; pero lo posse capo ne li consigli, li diede autorita di comandar in molte cose, ordino che li fusse somministrato sempre grossa summa de danari...» Carta de Segismundo Cavalli, de 11 de Febrero de 1568, citada por Gachard, capítulo XI, pág. 308 de su *Don Carlos y Felipe II*.

<sup>2</sup> «Ma si conobbe e si provó che quando lui entrava in consiglio, poneva confusione in tutto e impedimento in ogni deliberatione; la autoritá havuta dal re usava, per il contrario, ne a suo maleficio; li danari li gettava fuori di proposito e senza giudicio: pero parve á S. M. di tornar á rivolger la man in tutte queste cosse. Da qui si aumentarono le discontentezze...» Carta citada de Segismundo Cavalli.

de ellos les dijo: «Debeis saber que mi padre piensa pasar á Flandes, y que yo, de cualquier manera, tengo determinado ir con él. En las últimas Córtes habeis tenido la temeridad de suplicar á mi padre que me casase con la Princesa mi tía. Páreceme cosa rara que os mezcleis vosotros en mi casamiento, que no os incumbe, ni sé porque intentais persuadir á mi padre que me case más bien con una más que con otra. No quisiera que os ofuscáseis ahora cometiendo nueva temeridad con suplicar á mi padre que me deje en España. Os encargo mucho que no hagais semejante petición, porque los diputados que la hicieren podrían tenerme por su enemigo capital, que usaría de todos los medios para destruirlos.» Dicho lo cual, volvió la espalda á los Procuradores y se salió del recinto, dejándolos asombrados con tan furibunda é inesperada peroración <sup>1</sup>.

Difícil sería calcular el disgusto que causó al Rey la narración de aquella nueva locura de su hijo. El cual, á pesar de las consideraciones que le ponían delante su padre y otras personas graves, no se corrigió sinó que siguió cometiendo mil otros desatinos. Entre éstos puede recordarse el que llevó á

<sup>1</sup> Hé aquí las palabras textuales del embajador de Génova Marcoantonio Sauli, dando cuenta de ello al jefe de su república: «Il Principe di Spagna essendo assente il Re si fece aprire; e entrato nel mezzo di essi, li domando, se tutti li procuradori si trovavano all'ora presenti, e avendo inteso che si, li disse, voi dovete sapere che mio padre vuole andare in Fiandra e che io voglio in ogni modo andar seco. Nelle corti di Toledo, voi faceste una necedá, di supplicar mio padre che mi maritassi con la principesa mia zia. Non so perche habbiate voi da intromettervi en procurar che mio padre mi mariti piu con una che con un'altra. Non vorrei che vi venisse hora voglia di fare una consimile nezedá, supplicar mio padre che non mi menasse seco, e mi lasciasse qui in Spagna. Avertasi di non far questa demanda, perche se ne le farete e io restero, ne pesara a voi e a me. E voltavoli le spalle, se ne ando via». Véase este documento en el citado libro de M. Gachard, cap. XI, págs. 291 y 292.

Se necesita verdadero encono y grande predisposición en Mr. Gachard para echar en rostro á Felipe II, á lo menos por modo indirecto, la desgracia de su hijo el Príncipe, cuando este susodicho autor es quien ha reunido en su interesante libro todos los documentos que se van citando y que á gritos dan la razón al rey de haber encerrado por necesidad á D. Carlos en el Alcázar Real de Madrid.